LAS ANDALUCÍAS POSIBLES DE VALERA: Unas notas sobre su correspondencia

Alberto González Troyano
(Universidad de Cádiz)

La voluntad de escritura de Valera, tan determinante en su vida, tuvo una primera y consecuente plasmación en la larga serie de publicaciones, de distintos géneros, con las que de forma más o menos continuada y diversa fortuna, se hizo presente ante los lectores. Pero con ello no debía agotarse ese ansia expresiva, que posiblemente lo desbordaba, y con mayor regularidad aún volcóse en una copiosa correspondencia, desde hace unos años cada vez más y mejor conocida.

A pesar de la deliberada limitación que supone su naturaleza y su destino, en principio íntimo y privado, las cartas de Valera parecen abandonar, pues, ese territorio literariamente modesto para el que estaban previstas y asumir las características de un género propio y peculiar, que puede ser abordado como otro producto literario más, cargado de posibilidades, del autor.

La tradición crítica, sin embargo, suele relegar el papel de las correspondencias de los autores y, con frecuencia, sólo les asigna el cometido de servir como material de apoyo y clarificación de los avatares biográficos; cuando más, se acude a ellas como a una especie de trastienda en las que quizás se alojen algunos deseos y propósitos que aparecen velados en las obras publicadas.

Pero, a veces, las cartas esconden intenciones más ambiciosas y pueden ser extraídas de esa habitual posición subalterna, para

pasar a convertirse en un género singular, complementario, a ciertos efectos, con los otros cultivados por el autor. Tal puede ser el caso, aludido antes de Valera, que ya de por sí, sólo por la cantidad de sus cartas, por la inalterable regularidad con que recurrió a ellas, por la índole y diversidad de sus corresponsales, constituye una ejemplar rareza en el ámbito de las letras hispánicas. Pero además, por los otros muchos atributos con los que solazó sus cartas, ha provocado que aquel quehacer inicialmente llevado a cabo al calor de lo cotidiano, imprevisto y doméstico se transfigure en un espléndido material literario, desmarcándose así de unas convenciones que condenaban el uso epistolar a ser un mero intercambio de justificaciones testimoniales y autobiográficas.

Desde luego, ya no se hace necesario insistir en la calidad y validez, a toda una serie de efectos, de la correspondencia de Valera. Es algo reconocido, dado además que, a medida que ha ido haciéndose publica, los estudios sobre Valera y su obra se han beneficiado significativamente de las aportaciones brindadas por esa labor epistolar. Pero, de todos modos, lo que tal vez sea todavía conveniente es facilitarle otros estatutos para su actividad, no sólo de campos y temas desde los que investigarla sino, sobre todo, de cualificación. Es decir, tradicionalmente los recursos obtenidos de su correspondencia se han orientado a apuntalar, contrastar, o completar cuestiones concernientes a su biografía, a la génesis de sus obras de creación, a las influencias recibidas, y otras cosas de índole similar. En todos esos planteamientos, las cartas de Valera se convierten en una empresa subsidiaria, en dependencia y apoyo de los otros géneros mayores: el propiamente biográfico y el de análisis e interpretación de su producción narrativa, crítica, ensayística, teatral o poética, a cuyos estudiosos surte y clarifica con sus datos.

Esta valiosa tarea, no puede, por descontado, ser desdeñada. Pero, frecuentemente, se cae también en el hábito de considerar que no sólo lo propio sino también lo exclusivo de la lectura de una carta es prestarse a esta función auxiliar.

La letra impresa -con toda su aura de obra definitiva y acabada- impone, más o menos inconscientemente, su despotismo jerarquizador. Frente a ella, la labor manuscrita que encierra una carta parece pertenecer sólo al dominio de lo inmediato y espontáneo, de lo doméstico y anecdótico, de lo no reflexionado, de lo que, por su

propia naturaleza de intercambio íntimo y personalizado, está destinado a perecer, tras cubrir su modesta misión comunicativa individual. El mismo carácter manuscrito de la carta parece aproximarla al primer borrador de una obra, en el que todavía reinan la improvisación, el boceto y las meras intuiciones.

Puede crearse así un lastre que dificulta el acercamiento a ciertas correspondencias que, como en el caso de Valera, cuentan con una envergadura tal, que, en muchos de sus aspectos, podrían ser apreciadas como un género relativamente autónomo, cuya lectura no tiene que estar necesariamente hipotecada a otros escritos mayores de los autores.

A este respecto, adentrándonos ya más en Valera, cabría señalar algunas rémoras que puede arrastrar la interpretación de su correspondencia, si se pretende leerla como un discurso más o menos autónomo. Sirva de referencia, por ejemplo, una cuestión que aparece reiteradamente en muchas de sus cartas: Andalucía y aquellos lugares vinculados por su origen familiar con Valera.

Casi siempre que se alude al escenario andaluz que enmarca la mayor parte de las novelas de Valera, con sus paisajes, personajes y costumbres, suele destacarse la armonía y belleza que presiden todos los acontecimentos relatados. Ello es algo que se considera consecuente con su discurso teórico sobre la función de la novela. Se impone a sí mismo como autor unos criterios selectivos, orientados a resaltar sólo las imágenes que resulten coherentes con su credo estético. Nada suele objetarse a esta adecuación entre su arte de novelar y su plasmación narrativa. Incluso es esta una perspectiva de análisis que ya cuenta con una buena serie de trabajos, desde Porlán a Muñoz Rojas. La supuesta idealización que algunos encuentran en los mundos andaluces descritos se encuentra justificada por las exigencias de la preceptiva en uso. No se van a buscar más cosas que las que allí se encuentran. Es decir, el discurso narrativo cuenta con una autonomía que permite valorarlo como un despliegue de sí mismo.

Andalucía también es objeto de frecuentes referencias y reflexiones por parte de Valera en su labor crítica y ensayística. Al hilo de comentar las obras de ciertos autores andaluces como Estébanez Calderón, Fernán Caballero, Alarcón, Muñoz y Pabón o Salvador Rueda, o en trabajos claramente específicos de esa preocupación

suya como "El regionalismo literario en Andalucía", Valera formula y ensambla una cierta teoría de Andalucía, que alcanza a veces tonos muy exaltados, como en esta página: "Andalucía es un país predispuesto naturalmente para ser asiento de una civilización original...Todas las razas que han habitado después en Andalucía se han alzado, inspiradas por aquellas encantadoras regiones, a mayor altura de civilización que en otras regiones del mundo donde antes o después han vivido... y en la época moderna, los mejores pintores y los líricos más sublimes de España han sido andaluces. Aquel clima de Andalucía y la benéfica influencia de aquel cielo inspirador son decididamente los más a propósito para fecundar el ingenio y producir la hermosura"[1]. Va a proceder también a un planteamiento muy selectivo, en el que aparece como enfoque dominante esa adecuación de Andalucía para servir de fuente y cuna de las motivaciones artísticas: "A la región andaluza, a esa tierra de la poesía, deben ir los poetas a buscar inspiraciones y a sorprender en el seno del pueblo la vida latente del espíritu inmortal de la patria"[2]. En este discurso reflexivo, referente a Andalucía, que con su obra crítica puede trabarse, el hilo es, pues, un interrogante: el del porqué de esa sintonía entre los andaluces y la sensibilidad artística.

Acostumbrados a leer como Valera en sus dos géneros literarios de mayor audiencia, la novela y la crítica, asignaba a Andalucía un estatuto tan estéticamente privilegiado, cabía, pues, esperar en virtud de una supuesta coherencia globalizadora, que su correspondencia ratificaría esas manifestaciones.

La sorpresa surge al comprobar que lo expuesto en una de sus cartas: "Estos se divierten mucho en Doña Mencía, aunque el lugar es de lo más feo que puede imaginarse...Cabra es bonita, pero tiene a la vez todo lo malo de una ciudad y todo lo malo de un lugar pequeño. La gente de aquí es casi o sin casi tan grosera y rústica como en Doña Mencía, pero soberbia y presumiendo de ilustrada"[3], se mantiene en muchas otras, aunque medien años y sean distintos

1. Juan Valera:" Las Escenas andaluzas del Solitario". *Obras completas*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1961: pág. 46.

2. *Ibidem*, pág. 47.

3. Cyrus D. Coster: *La correspondencia de Don Juan Valera.* Castalia,Valencia, 1956, pág. 77.

los interlocutores: "Ganas tengo de volver pronto a Madrid a ver si me distraigo con la Academia, con la literatura, con la política y una sociedad menos inculta"[4],"He empezado a escribir una novela, titulada Doña Luz: pero sin mis libros, sin la comodidad de mi despacho, y sobre todo sin la atmósfera algo más literaria y bastante menos salvaje que la de aquí, la novela no me sale"[5], "aquí no tengo actividad para nada. El calor es propio del Senegal...En fín, aquí hace un calor insufrible, y hay menos paz y menos sosiego en el seno de este hogar doméstico que en cualquier cuarto de una fonda de París"[6], "No sé que decir a Vd. de este lugar que es como todos los lugares. Aquí no se habla sino de trigo, cebada, vino y aceite"[7],"Aquí no se comprende que se pueda escribir cosa alguna. El ambiente es aquí letal para la literatura"[8], "la bella Andalucía... la tierra más difícil y molestamente habitable de todo el globo. Este término medio de la civilización y la barbarie es mil veces peor que la barbarie pura y neta"[9].

Todas estas frases tienen, entre otras cosas en común, el haber sido escritas desde Andalucía, desde Cabra y Doña Mencía. A veces se altera y modera el tono, según a quien va dirigida la carta y según que época, pero casi siempre prevalece este discurso unitario que rechaza desde dentro aquello mismo que se elogiaba desde fuera y en un soporte literario distinto.

En las manifestaciones de los tres géneros glosados Valera mantiene una serie de invariantes y fidelidades. En cada uno de ellos proyectó su capacidad para adecuarse a las exigencias técnicas que él consideraba apropiadas para cada caso. Posiblemente, además, buscó para escribir en cada uno de esos géneros el estado de ánimo propicio y el lugar y la perspectiva acorde. Apenas pudo escribir ficción de Andalucía desde Andalucía, quizás por ello cada vez volvió menos, consciente de la impotencia creadora que ello le

4. *Ibidem*, pág. 54.
5. *Ibidem*, pág. 53.
6. Juan Valera: *151 Cartas inéditas a Gumersindo Laverde*. Díaz-Casariego, Madrid, 1984, pág. 101.
7. *Ibidem*, pág. 77.
8. *Ibidem*, pág. 96.
9. *Ibidem*, pág. 96.

deparaba. Supo que no podía escribir en los lugares en que localizaba sus obras. Pero si podía, desde ellos, denigrarlos para justificar y procurarse esa huída que si le posibilitaría, desde la distancia y con la perspectiva que su sensibilidad exigía, novelarlos. No con realismo, pero si con la verosimilitud que presta una buena técnica y la pasión por la escritura.

Si se pretenden contrastar opiniones como las expuestas, de las que están salpicadas tantas cartas de Valera, con las que pueden deducirse de su novelística y de su obra crítica, el resultado quizás dé una imagen de oposición e incongruencia. Sobre todo si se analizan desde una perspectiva que considera que debe reinar una supuesta unidad en el sujeto que escribe, en el discurso literario y en la propia Andalucía. Sin embargo, esa incongruencia desaparece como tal si se admite que cada género tiene su propia autonomía, con su consecuente técnica expresiva; que un sujeto que escribe, como Valera, puede verse motivado por reacciones y expuesto a estados de ánimos muy dispares, según la geografía que lo circunda y el género que elige para manifestarse, y si finalmente se comprende que un mundo tan plural como el de Andalucía puede prestarse, con igual garantía literaria, a ser abordado desde la ficción idealizadora de una novela, desde la reflexión encomiástica de una obra ensayística o desde el rechazo crítico que encierren las letras de una carta. Todas esas son distintas Andalucías posibles y para cada una de ellas Valera hizo posible un discurso distinto. Conviene respetarle a cada uno de ellos su estatuto.